

SAN JOSE, COSTA RICA

15 de Abril de 1914

Año IV



Núm. 79

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

dirigida por CARMEN LIRA



CLAUDIO GÓNZALEZ R.

DE LOS JOVENES ESCRITORES DE COSTA RICA

ALCO, ZELEDON
COMPañIA
EDITORES

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA
15 de Abril de 1914
1914

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA → CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

REVISTAS IMPORTANTES

cuya agencia en Costa Rica sirve la "Lectura Barata"
de Falcó, Zeledón & Cía.

NOSOTROS

Importante revista literaria y científica, argentina.

REVISTA DE REVISTAS

Interesantísima y muy amena publicación editada en la capital de México.

MUNDIAL

La mejor revista artística que actualmente se publica en español.

ELEGANCIAS

La que da mejor y más completa idea de la marcha de la moda parisién y deleita a la vez con su amena lectura.

MUSEUM

Revista mensual de arte español antiguo y moderno. Estudia la producción pictórica más famosa de España y reproduce sus más geniales obras.

LA ESPAÑA MODERNA

De legendaria fama continental

REVISTA GRÁFICA

Llena de interesantes datos y notas gráficas de actualidad.

HOJAS SELECTAS

Cuya excelencia es ya ventajosamente conocida en San José.

THE MUSICAL OBSERVER

Revista mensual, cada uno de cuyos números contiene diez piezas escogidas. El suscriptor, pues, tendrá *ciento veinte* obras musicales por CINCO COLONES.

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO Y DEL HOMBRE

Obra que constará de 50 entregas compuestas de 32 páginas. Esta obra constituye una revista de las más asombrosas maravillas del mundo. Valor: 50 céntimos el cuaderno.

TIERRA!

Periódico semanal defensor del sindicalismo moderno. Precio: 5 céntimos el número.

San José, Costa Rica

15 de Abril de 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

Núm. 79

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

El 5

Como nunca pudo tolerar, en cuanto al aseo, los desmanes de sus hijos, los corredores parecían otra vez una muchacha trajeada de fiesta. Complacían la vista la albura de sus paredes recientemente enjabelgadas, el piso enlosado de nuevo y el nuevo pretil de piedra.

En esta ocasión, con grave continente les dijo, con más vehemencia que de costumbre, que a muy severo castigo se exponía el infractor de las leyes estrictas del aseo que le predicaba sin descanso. Luego montó a caballo y salió al campo. El día estaba primoroso.

Los muchachos guardaron respeto profundo al pretil y a las paredes, y casi pisaban sobre las puntillas el enlosado. Su natural fogosidad estalló en el patio y en el aposento de su mamá. Por supuesto que después, ya lejos las amenazas, harían de las suyas.

Cuando el sol lanzaba sus últimos rayos amarillos sobre la pared del corredor situado al Este, el padre desmontó y fué a buscar descanso dentro de las habitaciones, en elegante sofá. Sacó un enorme tabaco; registró los bolsillos, y no encontrando con qué encenderlo, llamó a una de las chiquitillas para que le trajese fuego. Ella cumplió su cometido, y a saltos y carreritas fué a la cocina a dejar el tizón que trajera; pero de pasada se le

ocurrió pintar con él la pared del corredor. Apenas comenzada su acción se asusta de ella y, al contraerse su manecita, nerviosamente dejó en la blanca pared iluminada por el sol poniente, un grandísimo 5 bastante mal hecho.

Al otro día echaron de ver la ofensa negra inferida a la pared encalada, y en los semblantes de los niños se pintó el asombro. Cada cual se preguntaba quién habría sido el de tamaño desafuero. Los cuchicheos y aspavientos disimulados de ellos delataron pronto lo ocurrido. El jefe de la casa se descinó el cinturón, y seguido de todos hizo alto frente al 5 e interrogó con ceño contraído y voz acedada, quién era el autor de aquel número.

La delincuente, una menudencia, se metía entre el grupo de sus hermanos, tratando de no exhibirse.

La chiquillería con aspecto de reos, con los ojos muy abiertos, no chistaba. ¡Qué iba a chistar!

Todos, pues, sufrirían la pena; mas advirtió el padre, que los menores, no; porque aquel 5 no podía ser obra sino de uno de los mayorcitos: que los menores ignoraban tales signos y menos los podían hacer.

A la miniatura origen de esta situación, le brillaban los ojos de felicidad al verse libre de temores. Pero aquellos seis años no resistieron al peso terrible de una injusticia, y hechos

A los maestros: Acabamos de recibir la importante obra

Cuadros de la Naturaleza, de J. ANTONIO URIBE.

una Magdalena salieron del grupo, compungidos, y dijeron tímidamente:

—Yo fui ..

El padre la miró breves instantes, tan chiquitilla, que se perdía entre sus

hermanos, y sin poder creer lo que oía, levantó en sus brazos dichosos aquella heroicidad.

Claudio González Rucavado

Desempolvando ilusiones

Para el Dr. Eduardo Uribe, con cariño.

Siempre me había interesado mucho la figura de aquel viejo: alta, cenecña, que se movía con elegancia y agilidad a pesar de sus ochenta años. Me gustaba contemplar su rostro completamente afeitado, con perfil de antigua medalla romana, coronado por una cabellera blanca y abundante, metido en alto cuello, entre cuya blancura se destacaba el gran lazo negro de la corbata de raso. A mí me parecía un retrato desprendido de uno de los lienzos que colgaban en las paredes de su sala, tanto se asemejaba a sus antepasados, nobles y honrados viejos por cuyas venas corría sangre hidalga. Yo le decía que con su figura habría hecho un abate encantador del siglo XVIII y gozaba imaginándolo con la levita de amplios faldones, con tricornio, calzones hasta la rodilla, zapatos escotados adornados con hebilla de plata y haciendo sus gestos elegantes con sus manos pálidas que salieran de anchas mangas que tuviesen vueltas de encaje blanco en los puños.

Sobre él había tejido yo multitud de historias, muchas de ellas amorosas. Mi fantasía, como una hada de los tiempos dorados, lo tocaba con su varita mágica, y el viejo señor B. volvía a ser un bello muchacho adorado por las mujeres.

—Que he sido un hombre afortunado en amores? Ah! hija mía! Qué lejos se han ido los buenos tiempos de la juventud!—Y el anciano, apoyando la cabeza en el respaldo de su sillón, cerró los ojos como para ver en su interior.

—Venga acá, mi hija—dijo levantándose y llevándome delante de su mesa. Abrió una gaveta y en el fondo

de ella, ví unos papeles amarillentos, muy doblados.

—Aquí tiene mi más encantadora historia de amor, aquella cuya memoria más amo.—

Desdoblólos lentamente y con devoción. Su rostro estaba conmovido por una expresión de ternura. Al extender las hojas sentí un olor vago, suave. Lo reconocí: el olor que para mí tiene el recuerdo.

—Hace algunos meses—murmuró—registraba en la biblioteca y tropecé con un viejo libro que era como mi breviario cuando yo era un muchacho de dieciocho. Un dulce poema... Claro, cuando el corazón es joven busca alimento solamente en las páginas que destilan amor. Pues bien, dentro de él hallé esta carta... Le ayudaré a leerla... está escrita con letra algo torpe y con ortografía irreverente, pero eso no le impedirá saborear el sentimiento que movía la pequeñina mano que la escribió.

Leímos:

“Andrés, mi querido hermano Andrés: Cuántos días hace que no estás con nosotros! No he sabido todo lo que te quiero hasta que no te has marchado. La casa me parece fría, inmensa y no tengo ojos para ver a los que quedaron sino para mirar el vacío que has dejado. Mi madre me regaña a cada rato pues dice que nada hago como se debe. La costura no adelanta porque a medio hacer el hilván, me quedo pensando que te has ido tan lejos y que quien sabe cuándo volverás.

El maestro vino una noche, pero no pudo darme la lección, porque me puse a llorar. Y quieres creer, Andrés? El pobre viejecito al verme llorar, inclinó su cabeza y lloró conmigo.

Te pintaré la escena: Abrimos la Biblia y elegimos el libro de Ruth que a tí te gusta tanto. Yo comencé a leer el capítulo II: «Y Ruth la Moabita dijo a Noemi...» No pude continuar... Recordé las épocas de la cosecha del maíz cuando íbamos a llevar un cántaro de agua fresca a los peones y yo me ponía a ayudarles, y entonces tú me llamabas Ruth la Moabita... Después levanté mis ojos para mirar tu asiento y el de tu hermanito Juan. Qué vacíos estaban, Santo Dios!

Olvidarás tú alguna vez las noches de lección? La gran cocina, tú, el maestro, Juan y yo en torno a la mesa; mi madre trabajando afanosa, tu tía Elisa desmotando algodón en una esquina y el tío Jacinto sentado en su taburete mirándonos sonriente. No sé por qué recordé enternecida, cómo el fuego hacía pasar relámpagos sobre la cabecita dorada de Juan, y sentí un deseo inmenso de tenerla allí cerca para besarla y pasarle mis manos. No pude disimular mi pena y comencé a llorar... El maestro miró largamente los asientos vacíos y lloró también, y mi madre que estaba allí cerca haciendo el pan, también, y el tío Jacinto también y *Chumeca* llegöse hasta mí moviendo la cola, me lamió las manos y sus ojos me parecieron muy tristes. Debías haberte llevado a *Chumeca*, Andrés; el pobre perro se va a morir de pena. Ah! estos asientos vacíos que para mí lo estarán siempre aun cuando en ellos se sienten los reyes de España en persona!

Todos los días arreglo tu cuarto y pongo flores nuevas. Todavía encuentro cuando voy a la montaña con hermano Lupe, tricopileas florecidas. Así, el vaso de tu mesa aun se adorna con tu flor predilecta y al entrar se siente su olor... ese olor que siempre me hace suspirar porque pienso en tí que ya no estás conmigo. Muchas noches me recojo en tu cuarto sin que me sientan. Voy a hacer compañía a tu violín que ha quedado tan solo. Pobre amigo tuyo y cuánta falta le has hecho! No le perdono a tu padre que te prohibiera llevarlo contigo... Cuántas mú-

sicas dulces duermen en sus cuerdas lo mismo que duermen en mi boca las risas y los cantos desde que tú partiste! Si tú volvieras, sería para tu violín y para mí, como si el sol saliese: músicas, risas y cantos temblarían en el aire y lo llenarían todo! Pobre Lucía y pobre violín que se han quedado sin la mano que hacía brotar de ellos la música que en cerraban sus almas.

Sabes en qué pienso cuando veo tu violín? En un muertecito acostado en su ataúd negro. Yo lo acaricio y le cuento que me estoy muriendo de dolor porque tú te has ido. Figúrate que la otra noche, cuando entré, había un rayo de luna muy delgado que se metía por una rendija y pasaba oblicuamente sobrelas cuerdas. Sabes qué parecía? Un arco de plata que una mano invisible sostuviera sobre las cuerdas para hacerlas cantar. Más tarde, soñé que el arco de plata arrancaba de tu violín unas músicas muy tristes, pero que llenaban el corazón de felicidad, y yo veía esas músicas brotar bajo el arco como hilos finísimos de seda que subían y subían y se iban a prender en las estrellas.

Ya te debo tener aburrido, Andrés, pero has de creer? no quiero decirte adiós todavía. Espera, deseo estar otro ratito conversando contigo.

Tu yegua alazana ya tiene cría. Vieras que monada de potranquillo! no te enojas, pero tiene un modo de sacudir la cabeza y echar hacia atrás el mechón de crin que le cae sobre los ojos muy parecido al que tu haces cuando porque algo te incomoda echas atrás el tuyo. Muy a menudo voy a molestarlo, sólo por verlo hacer este movimiento.

Mira, las tortolitas que venían a comerse la sal que dejan las vacas en el patio, todavía vienen. Esta mañana las he estado viendo ir y venir moviendo sus pequeñas patas rosadas. Siempre el macho es más egoistón! Sólo él quiere comer... Yo recordé como te enojaba eso!

He ido varias veces al pueblo y he regresado por la calle de la escuela. El otro día me detuve a mirar por la ventana. Ay! Andrés! Allí está el banco

en que nos sentamos cuando éramos muy chiquillos. Han pasado ya varios años y ahora dicen que yo soy una mujer y tu un hombre. Pero verdad que no somos viejos? Tu tienes dieciocho y yo dieciseis. Mientras marchaba por ese camino que hemos recorrido juntos tantas veces y que desde que tú tefuiste, me parece un adiós muy largo, muy largo, he vuelto los ojos a esa época, en que no éramos más grandes que tu hermano Juan y he creído vernos venir por ese camino, hacia la escuela: tu con los calzones por la rodilla, el sombrero metido hasta las orejas y la alforja con el almuerzo a la espalda. En los días de lluvia, te quitabas las botas y me obligabas a calzármelas para que no me llenara los pies de barro, «Achará tus piecitos tan blancos que se hundan en ese barro tan negro!» decías .. Y tu quedabas descalzo! Ay! Andrés, cuánto te quiero!

Los chiquillos de los Serrano son los que ahora se sientan en nuestro banco. Yo pedí al maestro permiso de entrar para sentarme en él: todavía en una esquina están nuestros nombres que grabaste con la cuchillita que te regaló el tío Jacinto una vez. Por la ventana abierta, el bosque de conchudos y lentiscos bajo los cuales jugamos tanto! Pensé en lo mucho que te gustan los conchudos, de los que dices son los árboles más bellos que conoces, «con su follaje cespó, sus ramas que se extienden con una armonía tan descuidada y sus troncos admirables.» Ves como recuerdo tus palabras? Cuánto nos distrafámós mirando desde la sala, el bosque, oyendo cantar los jilgueros y mirando ir y venir aquellas abejas de jicote barcino, cuya miel olía a flores de jaral y que tenían su panal en el árbol más grande. Los chiquillos de ahora también se distraen, y el viejo maestro da puñetazos terribles en la mesa como en nuestro tiempo. Figúrate que iba a poner de rodillas al hijo de Juan Pedro el del Roble, porque en vez de deletrear en el cartelón, hacía muecas siguiendo los brincos de una ardilla que jugaba entre las ramas de los árboles del bosque. Yo dije al

maestro: «Mire Ud. mi señor maestro Roque, no lo castigue, que es más divertido estar mirando esa ardilla, que los cartelones con sus letrotas negras. Andrés y yo hacíamos igualito.» Al oír tu nombre el buen viejo se conmovió y el hijo de Juan Pedro no fué castigado.

Pronto termino, Andrés, otras líneas y ya no más. Te quiero decir de los yigüirros: Ya no cesan de cantar en las tardes; se pone el sol y ellos como si tal cosa, con su canto tan quejumbroso y largo que se me mete en el alma lo mismo que una tristeza. El invierno se acerca, ellos son sus heraldos y a mí me agarra una angustia al pensar en el inmenso sonido de la lluvia, y en las tardes en que sólo se ve el cielo negro como a través de un enrejado finísimo y cristalino! Yo soy hija del sol, Andrés, amo los días radiantes en los que el cielo es azul y cantan las cigarras!

Esta tarde, antes de escribirte me fuí a la troje, para pensar en tí y que nadie me interrumpiera. Desde allí veía el roble que está cerca de la tranquera, bajo el cual te ibas a leer en los mediodías. El sol se puso y comenzaron a salir las estrellas y a través de las hojas del roble, ví brillar aquella tan luminosa que tú me decías se llama la Cabra que va con sus tres cabritos, tres estrellitas chirrisquiticas... Pues bien, a mí me parecía que estaba entre el árbol y como es tan inquieta y además el viento movía las hojas, yo imaginaba que era un pájaro de oro y plata que brincaba entre las ramas. Allí, mirando esa estrella y pensando en tí, me estuve hasta que sentí a mi madre llamarme.

Cuándo volverás? Ya sé que te irás al extranjero, muy lejos, del otro lado del gran mar. Ay! virgen mía del Carmen, quisiera morir! Hoy he deshojado una margarita. Volverá? No volverá? Ay! Andrés, y me dijo que no... Pero yo no hago caso. Verdad que no debo sufrir por lo que me contestó la margarita?

Adiós.

Lucía."

Yo no me atrevía a interrumpir el silencio ni a levantar la cabeza.

Al cabo de un rato, el viejo posó una mano en mi hombro.

—Qué dice usted, hija mía?

—Y bien señor B?...

—Pues bien, no volví más. Su margarita fué para ella una verdadera zahorí. Mi padre me envió al extranjero, en donde estuve muchos años. Cuando regresé, la vida de la ciudad me robaba todo el tiempo, después me casé. Qué quiere usted? La esposa, los hijos... y qué se yo! Las más de las veces el corazón humano es demasiado grosero para comprender las delicadezas que le salen al paso. No tiene ojos sino para lo que brilla con brillo deslumbrador y sin saberlo aplasta la florecita que adorna el sendero por donde transita... Déjeme usted hacer mía aquella frase que leí no sé dónde y que nunca he olvidado: «Luz de fuego fatuo cegó mis ojos, y pasé junto a mi dicha y la pisoteé sin conocerla».

Dios me perdone, pero no volví!...

—Y cómo la conoció usted?

—Su padre era mandador de una hacienda nuestra en la que vivimos hasta que yo tuve dieciocho años. Juntos crecimos, juntos aprendimos a leer y juntos supimos como se ama.

—Por qué no volvió usted? Ah, señor B., fué cruel...

—Sí, es verdad. Oiga usted: cuando se empeñan en cultivar mucho la cabeza, a menudo el corazón pierde la memoria. Mientras las manos de secos y viejos maestros andan afanadas podando, cortando y rastrillando en lo que ellos llaman inteligencia, haciéndolo apto a uno para ir por esta vida tirada a cordel y empedrada de conveniencias, el matorral se apodera del corazón, y ahoga la simiente de dulces florecillas que la juventud desinteresada, al pasar como una golondrina, dejó en él. Quiere usted saber qué ha sido de aquel pedacito de ideal que la vida puso en mi camino y que se llamó Lucía?

—Era muy linda?—pregunté interrumpiéndolo.

—¡Linda! Tal vez no, pero era una

encantadora criatura que tenía una voz y unos ojos de seda. Siempre que la recuerdo, la veo muy pequeña, cogida confiadamente de mi mano, con su cabello oscuro y corto cayéndole alborotado sobre la nuca; el vestido hasta la rodilla, el delantalcito azul y los pequeños pies desnudos, blancos... Yo no podía mirarlos hundirse en el barro del camino. Era para mí como si una pareja de palomas albas se mancharan sus alas inmaculadas.

Lo que ha sido de ella, oígalo usted: Hará unos tres meses que hallé esa carta entre el libro del poema. Me puse a llorar. Muchos años hacía que el recuerdo de la muchachita que tanto me quiso, dormía en el fondo de mi corazón, pero despertó vivo y fresco como si hubiera sido el día anterior cuando la dejé. Allí estaba frente a mí con sus ojos pardos más suaves que los de las palomas, deshojando la margarita simbólica y murmurando: «Volverá» «No volverá».

Yo tenía noticia de que mi padre había vendido la finca al padre de Lucía, pero nada más. Me indagué y supe que ahora un hijo era el dueño de ella y que en ella vivía con sus hijos y sus nietos.

Partí. Llegué al anochecer: una parte del caserón había sido derribada, pero el ala derecha aún queda en pie. Allí está todavía el roble y a través de su follaje brillaba con su luz inquieta la estrella de la cual Lucía me hablaba en su carta, y siempre...—como si no hubieran pasado todos los años que han entorpecido mis miembros y llenado de canas mi cabeza—la estrella de Lucía conservaba su brillo infantil y parecía, como ella dijo, un pájaro de oro y plata que saltara entre las ramas.

En torno de la casa reinaba una paz inmensa. En el palomar se arrullaban las palomas y allí cerca, en la fuente, parecía que muchas voces, graves unas, argentinas otras, voces de viejos de jóvenes y de niños, murmuraban algo infinitamente melancólico. Por las ventanas de la derecha salían bandas de una luz tranquila que iban a

formar en el suelo del patio manchas brillantes.

Entreabrí la puerta discretamente. Ah! la misma sala que recorrí tantas veces de niño y de joven, olorosa a cedro con sus grandes bancos de madera su arcón y su mesa fabricados por mi abuelo. Sobre la mesa una pequeña lámpara de sombra blanca que llevaba por todos lados su luz suave y amorosa. Al mirar aquella lámpara y la luz apacible que proyectaba, pensé en una amable anciana de cabellos blancos que lo fuera tocando todo con sus manos pálidas de abuelita cariñosa.

Una tosecilla discreta atrajo mi mirada hacia un rincón de la sala. Ah! Pero si allí estaba la anciana que creara mi imaginación al mirar la lámpara que iluminaba la habitación con su brillo níveo. Sentada en una silla baja, una viejecita encorvada, blanca toda ella, cabellera blanca, el rostro y las manos de una palidez de luna, envuelta en un ropón claro, desmotaba algodón. Era una escena blanca: nunca había visto nada igual a aquella anciana tan blanca que desmotaba su copo de algodón tan blanco a la blanca luz de la humilde lámpara.

Me pareció soñar. El olor a cedro que me era muy familiar, seguía flotando en la sala tan querida y tanto tiempo olvidada.

Una niña entró por una puerta inte-

rior. Era un lindo pajarillo que se acercó brincando a la anciana.

—Tía Lucía, quiero el cuento de *la cucarachita mandinga*.

La pequeña se acurrucó a los pies de la blanca viejecilla.

«Pues bien, había una vez una cucarachita mandinga que estaba barrriendo la puerta de su casita y se encontró un cinco.»

Así comenzó la voz de la anciana, voz temblorosa y apagada, pero que a mí me recordó otra voz de seda, juvenil y fresca, que un día deshojando por mí una margarita, decía: «Volverá, no volverá»...

No se habían dado cuenta de mi presencia. Cerré con precaución y me alejé lentamente.

A lo lejos, desde una eminencia, volví la cabeza y pude ver todavía la luz apacible que salía por las ventanas y que alumbraba lo que restaba de aquello que una vez fué blanca ilusión de mi vida.

Después he sabido que Lucía nunca quiso casarse. Ella es la abuelita de los nietos de su hermano que la adoran.

Ahora uno de mis placeres es cerrar los ojos y soñar con la blanca viejecilla.

Así terminó el señor B. de contarme la historia de su más temprano y dulce amor.

Carmen Lira

Noviembre de 1913.

De la Educación

51.—Cada carácter pide determinada moralidad, a cada hombre le conviene determinada disciplina, el vicio de uno es la virtud de otro. Según ésto, el problema de la educación del niño debe descomponerse en tantos problemas como tipos de niño se consideren.

El placer del niño, merece en general mucho respeto, aun en el caso de que ese placer acompañe a actividades que nos disgustan, como sucede con el instinto de destrucción. El verda-

dero educador tiene que ser un altísimo espíritu, capaz de simpatizar con los más opuestos caracteres. Debe ser capaz de alterar su ideal para adaptarlo a las diferentes naturalezas. Si el altruismo de mi hijo sobrepasa su resistencia o poder vital, me guardo bien de fomentarlo. El educador debe colocarse en la posición de su discípulo y desde allí apreciar lo que su discípulo necesita. De lo contrario, diremos con Emerson: *«aquello que no llamamos*

educación es más precioso que lo que llamamos así. No sospechamos al recibir un pensamiento, su valor comparativo. Y la educación gasta su esfuerzo amenuado en frustrar este magnetismo natural que es seguro para elegir lo que le conviene».

52.—Antiguamente, y aun hoy, la educación es el arte de vaciar en moldes el espíritu, es una práctica basada en la ignorancia y el error. Será una cosa muy distinta cuando se reconozca que el espíritu es el único molde. Los conocimientos y poderes de la Naturaleza deben venir a él. La Sociedad debe modelarnos a pesar de nosotros, pero nosotros debemos modelar a la Sociedad por nuestra voluntad.

53.—Hoy, el maestro más adelantado sabe colocar el intelecto del niño en condiciones de solucionar por sí mismo, los hechos o problemas que él le presenta; pero todavía se está lejos del verdadero maestro. Este, reconoce que el niño debe sentir que le hace falta determinado conocimiento o capacidad, antes de ser conducido a situaciones en que ese conocimiento o capacidad brote espontáneo. «Hay tiempo bastante para responder a las preguntas cuando se formulen».

Si el niño *no siente* la necesidad de educar ninguno de sus poderes, es una anomalía. Esto depende del régimen de vida que le hemos impuesto. Suplantando su voluntad por la nuestra, lo hemos despreocupado de sus problemas; pero dueño de sí como puede y debe serlo cada día más, no acostumbrado a esperar estímulos u órdenes exteriores, sentirá la necesidad de educarse en esto o aquello. Mientras sea niño no buscará, sin duda, tal o cual conocimiento o aptitud exigido por sus futuras e ignoradas necesidades, sino que buscará el saber y la capacidad adecuados a su deseo inmediato, teniendo en vista «las cosas más próximas». Después, el crecimiento del espíritu permitirá, en el momento oportuno, los deseos de más largo aliento y la visión más anticipada de los hechos.

54.—Hoy se trata de persuadir al

adolescente que su educación tiene por objeto la salud del alma, el servicio del Estado, los progresos de la ciencia, o la consideración y riqueza como medios de prestar servicios a la humanidad entera; «mientras que las necesidades reales del individuo, sus necesidades grandes y pequeñas de las 24 horas del día son, se dice, algo despreciable e indiferente». «Ya Sócrates se ponía en guardia contra esta orgullosa negligencia y se complacía por una cita de Homero, en recordar los límites y el objeto verdadero de todo cuidado y de toda reflexión: Es, decía, solamente lo que a mí me sucede de bueno o de malo».

55.—Nuestras acciones deberían ser una prolongación de nuestros deseos y sensibilidad, pero con el progreso de la Civilización hemos perdido la integridad de nuestro espíritu, se ha falseado el lazo entre los sentimientos y la actividad. Nuestros jóvenes estudiantes no tienen que molestarse para hallar comodidades, diversiones y mujer; y cuanto más se ven en estado de satisfacer sus deseos sin esfuerzo; en vez de ser guiados por la continencia, por ese instinto sano que caracteriza a los animales salvajes, se entregan a un sentido o deseo cualquiera. Este sentido o deseo adquiere una importancia anormal y el hombre coloca su felicidad suprema en satisfacerlo. Abandonando su yo por sus órganos, vuélvese la presa de sus órganos, se desagrega, se corrompe. Los jóvenes que crecen en el lujo de sus padres resultan afeminados. ¿Qué han hecho para evitar esta fatalidad todos cuantos se jactan de haber impulsado el progreso general por medio de las escuelas y de los sistemas de educación?... La educación vigente, permitiendo, mejor dicho *forzando* al alumno a llevar una vida parásita, no puede preparar eficazmente más que para una vida de parásitos.

56.—Cuando se puede vivir cómodamente, sin ayuda de saber o capacidad adecuados, reglan la adquisición de conocimientos: mandatos arbitrarios, la tendencia a la imitación, la



rutina, la vanidad. El saber que así resulta es ilusorio y estéril. Se aprende a producir, produciendo. Después de recibir un título profesional o doctoral somos más ineptos, en lo que se refiere a iniciativa e ingenio, que al ingresar al colegio. Cuando hasta los veinte años se ha empleado el tiempo en preparativos, y sólo en preparativos, para producir, no estamos preparados sino para las tareas pobres y rutinarias. Si somos capaces de algo más, se lo agradecemos a nuestros ascendientes y a nuestra experiencia de la vida, pero nunca a vuestra Enseñanza.

57.—No es posible educación benéfica que no se dé lugar a la progresiva autosustentación material y moral del adolescente; que no propenda a que la acción emerja del instinto y de los sentimientos, de tal modo que no haya conflicto entre lo que se hace y lo que se piensa. El gran absurdo de vuestros sistemas de educación es el abismo que abren entre la vida de estudiante y la de hombre independiente.

58.— Con lo que antecede queda mil veces dicho que el Estado educador es la gran calamidad de la educación. Sus escuelas públicas, son uno de los tentáculos con que tiene necesidad de envolver a sus súbditos para arrastrar-

los al sacrificio en aras del orden social que el Estado representa. Todo hombre es, y se enorgullece en ser individuo hasta que el Estado lo convierte en ciudadano, es decir, hasta que le ha podido inocular cierta dosis de idiotismo. Cultura y Estado han sido y son fuerzas contrarias. Los períodos de gloria militar, de robustecimiento del Estado son los períodos de esterilidad espiritual de la Historia, y el arte, como es notorio, se expande y eleva a los ciegos en olas de luz y de placer en las épocas de descomposición política. Obra de arte y triunfo de la personalidad son una misma cosa. Si la individualidad es más débil que la opinión de la época, si el Estado ha conseguido aplastarla; en ese momento la Belleza avergonzada se ha hundido en la obscuridad, y sólo espíritus subterráneos pueden todavía conversar con ella.

59.—Queda también dicho que la verdadera Educación, no podría ser una transformación sobre la base de lo que hoy se decora con ese nombre sino algo radicalmente distinto cuyo germen espero haber significado con los párrafos anteriores.

Julio Molina y Vedia

Del libro *Hacia la Vida Intensa*.

Un descarrilamiento

Como todos los papás, también yo cuento historias de mis chacalines (las creemos tan interesantes!

Mal sencillamente incurable, orgánico en la humanidad, tal vez necesario para su conservación.

Pero... vamos a la historia.

Es la historia de un descarrilamiento.

Quién niega a un chiquillo de tres años, que lo acribilla con los rayos de su mirada dichosa, permiso para pasar la calle e ir a gozar al solar de enfrente? Gozar con aquellos mucha-

chos que están jugando *de tren* unidos por medio de una caña hueca que toman con sus manos derechas y que recorren—hechos una gloria,—el carril formado por los cimientos abandonados de un edificio en construcción! Tampoco yo lo pude negar.

Un carro más se incorporó a los de aquel tren encantador, engancho en la caña hueca del mismo modo que lo estaban los demás; sólo que, como todos los carritos eran de carne y hueso y llevaban dentro un corazóncito, no quisieron que el nuevo carro formara en la cola, porque era muy chiquito y un *chilillazo* del tren, en

alguna curva, podría aventarlo muy lejos y hacerle daño.

Puuu, puuu... chic, chic, chic... el tren partió.

Desde mi ventana agitaba el pañuelo despidiendo aquel tren en que partía mi corazón.

* * *

Horror, un descarrilamiento!

Una macolla espinosa y enorme de cardo, de ese que gusta tanto de crecer entre ruinas y escombros, se había enredado entre los pies descalzos de varios de los carros y alcanzado hasta a la caña hueca produciendo el terrible siniestro; la conmoción del tren fué tremenda: carros a la derecha, carros a la izquierda, carros unos sobre otros.

Como un tren de salvamento me precipité hacia el lugar del siniestro.

Felizmente, los daños no pasaban de rasponazos, chichones y espinadas; carros inutilizados, ninguno.

* * *
Y el carrito en que viajaba mi corazón?

Allí estaba acurrucadito a un lado de la vía, esperando quietecito el tren de salvamento; reposaba sobre el brazo izquierdo del carro que le seguía, quien, en el momento del peligro, olvidándose de sí mismo, metió el brazito que le quedaba libre para impedir que cayera sobre una piedra puntiaguda.

Aquel carrito noble y generoso, vestía harapos e iba descalzo como casi todos los hijos del pueblo.

* * *

Hijo de mi alma: busca el corazón del pueblo y reposa tranquilo sobre él; oculta un océano de bondad sólo comparable al que guardan en sus entrañas las cordilleras eternas.

Salomón Castro

El prado de las cuatro bellezas

Ahi Pisa, vituperio delle genti.

DANTE: *Infierno*, XXXIII.

Porque Pisa tiene el encanto de su soledad, porque el turismo invasor la descuida y porque guarda de su antigua grandeza el recuerdo fragante y armonioso, el peregrino que desee recibir hondas emociones de arte y de latinidad, debiera comenzar por ella su ruta itálica.

Florenia pudo llevarle con la primacía política el cetro artístico, pudo vencerla y sujetarla, pero de Pisa salió la luz que luego fué llamarada en el Renacimiento. Por eso guarda como un tesoro el nombre de Nicolás Pisano, el precursor, que había de hallar en los mármoles de las tumbas antiguas la inspiración renovadora. Y así el amator de arte que viniere de Grecia, con escala en Roma, debiera ante el relieve que representa la caza de Meleagro, iniciar su peregrinación admirativa.

Además, Pisa le ofrecerá sosiego. Si cargado de ilusión y de ensueño

visitara Florenia y si en sus calles o en sus palacios, en sus museos o sobre el Arno amigo gozara de estética voluptuosidad, llegaría el inglés rectilíneo o la americana turbulenta a destruir su sueño con alguna tonta interrogación o con una fotografía irreverente. Llegaría luego la caravana de turistas guiada por un imponderable cicerone y, al rato, boquiabiertos y sabios, los clientes de Cook asegurarían con filosófico convencimiento que en nuestra época los artistas no hacen obras semejantes. Y vendría también la inefable pareja de enamorados a ruborizarse ingenuamente ante un maravilloso desnudo, y el peregrino habría de contemplar la traviesa mirada de soslayo de la novia y la estirada actitud de conveniencia del galán. Su sueño habría de turbarse por tanta herejía, por tanta indiferencia, por tamaña mediocridad.

En cambio, las pequeñas ciudades

como Pisa, que el turismo no quiere conocer, estas poblaciones que viven de sus recuerdos, que adoran sus reliquias, que tienen nobleza de alma y de propósito, guardan, para quien descubre sus secretos, un encanto singular. Viven en quietud provinciana, acaso con la misma conciencia y el soñar de hace siglos; el afán y la esperanza de nuestros días no logran agitarlas, conocen tarde y con dificultad los progresos de la civilización, los reciben con displicencia, los adoptan sin convencimiento. Dijérase que el pesimismo incurable las aniquila y las vence. No tienen la neurasténica coquetería de Venecia, ni la masculina atracción de las ciudades castellanas, ni como Roma, Nápoles o Milán, viven de ilusión persistente y de trabajo renovado. Saben que todo esfuerzo que hicieren no les devolvería la antigua grandeza y el viejo prestigio; por eso perduran, envueltas en sí mismas, sin atraer al viajero, amuralladas por su orgullo y protegidas por su desdén.

Parece que ayer, no más, cayeron en desgracia. Cuando recorréis sus calles angostas y solitarias, cuando pasáis por una plaza de tranquilidad mortal o si golpeáis a la puerta de un sombrío palacio, creeréis revivir el pasado y sentiréis una extraña emoción. Todo es viejo en ellas. Los siglos no han agregado nada a su gloria; no hay una piedra nueva, no hay un bronce recién fundido.

Así es Pisa, como Siena, Mantua o Ferrara. Si aquélla no tuviera su torre pendiente, el mundo no la nombraría. Ni su Baptisterio, ni su Camposanto, ni su Catedral, le hubieran dado prestigio cosmopolita y hoy por viajero alguno sería visitada. Yo mismo por tonto contagio la hubiera excluido de mi itinerario, si una insinuación no me recomendara el prado de las cuatro bellezas.

En el tren que saliera de Florencia, Fabricio Grani,—joven poeta italiano

cuya adolescencia inspirada hace presumir el varón estético que será en el futuro,—me había dicho con amoroso entusiasmo:

—Si es usted amante de las emociones hondas y delicadas visite en Pisa el prado de las cuatro bellezas, como debe llamarse al prado que separa el Cementerio de la Catedral y la torre del Baptisterio. Créame usted, es un espectáculo.

Y el poeta adolescente se ofreció para guiarme en la jira.

—Aunque yo haya nacido en Luca, adoro Pisa. Estudié en su Universidad y soñé en su prado, donde las cuatro bellezas, al decir de Taine, «reposan silenciosamente como divinas criaturas muertas».

Fabricio Grani, desviando su ruta, amigos como éramos de esa amistad que nace de la primera mirada, me invitó a visitarlas ese mismo día.

—Si perdemos esta ocasión, me dijo, acaso no nos encontremos otra vez en el mundo y una amistad no debe apagarse, al nacer, por culpa del destino.

Había corrido el tren varios kilómetros por los campos de Toscana, de ondulación suave y femenina, cuando la cúpula del *Duomo* se mostró de pronto tras las murallas de la ciudad. El sol de mediodía la iluminaba como una aureola, y a un lado, la blancura de la torre parecía invitar al reposo admirativo. Nuestro ánimo predisposto hubiera deseado que, apenas descendido del tren, la Catedral nos ofreciera la frescura de su recinto o que el Camposanto nos participara el silencio de sus muros seculares. En cambio, para llegar a ellos, habíamos de cruzar largas calles, monótonas y provinciales. Desde luego se nos mostró una amplia plaza sin carácter, con su inevitable estatua de Víctor Manuel II, como recordando a los italianos retardatarios que la unión de la península no es más que una quimera. Seguimos por el *Corso* y, poco antes de llegar

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 7 de la última página. Le interesa.

al Arno, vimos una plaza pequeña semejando una «city» insignificante. Había mercaderes de Livorno y de Luca, campesinos de los alrededores y algún bolsista. Era día de mercado y habfan ido a comerciar.

Fabricio Grani me dijo:

—No haga caso a esas gentes; quieren hacer progresar a Pisa y comercian frente al Arno, el río noble enemigo del comercio. Tampoco se detenga en las particularidades de la ciudad, ni se fije mucho en el «Lung' Arno Regio». Le hará recordar a Florencia con desdén para Pisa, porque esta ciudad es su hermana pobre.

Cruzamos el puente y pasando por la Universidad nos internamos en las calles tranquilas y olvidadas. El aliento del prado nos llegaba como una invitación al reposo. Al rato, la *Piazza dei Cavalieri* nos mostró la «Torre della Fame» donde el conde Ugolino della Gherardesca oyera la trágica imploración:

«...Padre, assai ci fia men doglia,
Se tu mangi di noi: tu ne vestisti
queste misere carni, e tu le spoglia.»

Un reloj sonó las horas lentamente, una ventana se abrió de pronto y una vieja casi ciega puso atención en el número de campanadas. A ambos lados de las callejuelas se alzaban los edificios casi ruinosos, ennegrecidos por el tiempo y floridos por la humedad. Ni se oía una voz ni los pasos de un transeunte. De pronto, al fondo de una calle, se asoma la maravilla: la torre pendiente muestra sus arcos superiores y, por su inclinación, oculta la base.

Ya estábamos en el prado de las cuatro bellezas. Solas, apartadas de la ciudad, evitando casi las miradas profanas, parecían formar el salón de un museo estupendo. Pisa vale por ellas en el mundo y en las almas; ellas son su tesoro y su gloria.

Las contemplamos largamente. A un lado, muy cerca del amposanto, las murallas evocan al viajero de nuestro siglo las luchas que mantuviera la ciudad con Florencia, dominadora y

apasionada. A ratos parece que en ese ambiente de silencio los muros quisieran revelar algún secreto, algún ignorado detalle de la contienda de güelfos y gibelinos. ¡Quién puede conocer el misterio de estos rincones!

Fabricio Grani me condujo al Cementerio Santo. Sobre un rectángulo de tierra traída de Palestina, en cuyo centro florece un jardín abandonado, se alzan las cuatro galerías que han hecho célebres los frescos de Pietro d'Orvieto, de Spinello d'Arezzo, de Pietro Lorenzetti y el famoso *Triunfo de la Muerte* de Orcagna. Apenas entrados buscamos el sarcófago que revelara a Nicolás Pisano el estilo griego clásico. Es él la semilla de la gran floración, la luz venida de Grecia anunciadora del renacimiento. Voluptuosamente palpamos los relieves del mármol semidestruido y sospechamos la fruición que probaría el artífice cuando por primera vez tocó con sus manos mortales esa gracia divina. El mismo Vasari que renegaba del estilo griego *gozzo e sproporzionato*, dice de este bajo relieve que está trabajado *con bellissima maniera*. Acaso el célebre historiador haya exagerado un tanto la expresión de su juicio, ya que del estilo griego puro existen obras mejores, pero si atendemos a que en aquella época era más conocido el estilo bizantino, se comprenderá por qué Vasari juzgó bellísimo el sarcófago de la caza de Meleagro.

Paseamos en silencio por el antiguo cementerio. Los muros muestran las curiosas composiciones de los artistas primitivos, cuya fuerte concepción de la obra fracasaba por la escasa virtuosidad de la técnica. Así, el «Triunfo de la Muerte» que por las manos del Ticiano hubiera alcanzado perfección divina es, a pesar de su trágica grandiosidad, algo grotesco y pueril. Al lado podéis ver el *Juicio final* y en él la figura de Cristo, juzgador de los hombres, en ademán que Miguel Angel imitaría.

Fabricio Grani me recordó a Ruskin. El gran esteta había pasado largos días en la admiración del Campo-

santo y llegado a su patria enseñó a la juventud de Oxford los encantos del «Val d'Arno». Este hombre que casi hizo religión de la belleza, es el ejemplo más admirable que puede seguir un país idealizado. De su Inglaterra brumosa llegó a Italia luciente, como a ella van los peregrinos de todas las tierras, los que buscan un poco de gracia para sus espíritus sedientos. Y Ruskin que amara las «piedras de Venecia» y las «mañanas de Florencia», hizo del cementerio pisano el estudio más admirable que se conozca. El prado se llena de su nombre, y, a ratos, parece que su voz se ha de oír, como en Oxford, enseñando...

Volvemos al prado. Ni una persona ni un rumor. De pronto un pordiosero se nos ofrece para acompañarnos a la Catedral. Fabricio dióle una moneda y el pordiosero, sin agradecer la caridad, fué a echarse airadamente a la sombra del Duomo.

La torre impone a nuestra simpatía la gracia de sus líneas. Se nos ocurre que su prodigiosa inclinación implica una enseñanza: el buen sentido quisiera su caída, pero la torre no piensa caerse. Así es, a veces, nuestra ilusión

y nuestra esperanza, amiga de la torre y rival del buen sentido...

En el Baptisterio podéis admirar el púlpito de Nicolás Pisano, semejante a una urna y sostenido por columnas que reposan sobre el lomo de tres animales. Ruskin supone que el Pisano sabía mejor que Darwin que en ellos reside la base misma de nuestra vida. Si tal fué la creencia del artista, su obra colocada en el Baptisterio es una genial irreverencia. En la parte superior del púlpito un águila que ha vencido su presa simboliza, acaso, la derrota del vicio.

Cuando caía la tarde volvimos al prado, ennegrecido por la noche próxima. La sombra envolvía las cuatro bellezas, como cubriéndolas de un manto protector; el cementerio pareció sumirse en el silencio; el Duomo ocultóse en la obscuridad, mientras su cúpula se iluminaba del primer rayo de luna.

Y la torre quedó desafiando al buen sentido...

Julio Noé

Tomado de la revista *Nosotros*.

Los derechos de los hijos

De los nuevos estudios salen continuamente teorías nuevas. Mientras la sociedad pagana dejaba parecer inexorablemente a los niños débiles o contrahechos, la *piEDAD* de la sociedad cristiana ha conseguido prolongar para los niños enfermos, a menudo incurables, tanto en lo físico como en lo moral, una vida que es un tormento continuo para las pobres criaturas y para quienes las rodean. En la sociedad que no quiere abolir la guerra ni la pena de muerte, la vida humana no es aún lo suficientemente respetada para que se pueda, sin responsabilidad alguna, dejarla apagar cuando está llena de desventuras. Pero cuando la verdadera piedad sea el único instrumento de muerte, el médico tendrá el derecho de acabar, sin dolor y bajo su responsabilidad, con las existencias desdichadas. Y por lo

contrario, esta misma sociedad cristiana conserva entre los hijos legítimos y los ilegítimos, una diferencia tal, que contribuye más que cualquiera otra injusticia a hacer imposible un verdadero concepto moral de los deberes de los padres. Mientras toda criatura no tenga los mismos derechos respecto a su padre y a su madre, y cada padre y madre no tengan los mismos deberes para con sus hijos, faltará la piedra fundamental de la moral futura acerca de las relaciones entre hombre y mujer.

Llegará el día en que la forma, no menos que las manifestaciones del sentimiento amoroso, serán consideradas como cosa absolutamente individual y privada. Los amantes, los esposos se considerarán y serán considerados como libres. Ya hoy en día las promesas que empeñan los sentimientos y

derechos de propiedad de la persona son consideradas, por la gente educada y de elevados sentimientos, como restos bárbaros de bajas tendencias, deformadas por la vanidad, ambición, crueldad y pasión ciega. Se empieza a comprender que la condición principal de la fidelidad absoluta es la absoluta libertad, que la fusión completa, la completa y verdadera inteligencia entre dos amantes sólo puede nacer de la libertad. Cuando renunciemos a querer imponer a los demás nuestras ideas, costumbres y tendencias, cuando la constancia en el amor sea considerada como una dicha y no como un derecho, y su fin como una desgracia y no como una falta, entonces solamente existirá entre dos almas amantes aquel ambiente sereno y puro en donde ambas podrán moverse libremente y fundirse por completo.

La libertad no es obstáculo para la fidelidad. Esta, al ser impuesta por la ley y la Iglesia, fué ciertamente un medio educativo muy útil, pero en la actualidad es un medio que se vuelve contra su fin, porque ha despertado la idea de derechos que hacen olvidar el culto del amor, de exigencias que provocan rebeldías del alma y del cuerpo, y de temores que engendran y justifican deshonras e infinitas hipocresías entre ambos cónyuges y ante el mundo. Rotas las ligaduras del derecho, se vigorizará el sentimiento; faltando la obligación impuesta por la ley, vendrá del corazón la obligación de la fidelidad. Aunque los hombres estén fatalmente expuestos a engañarse acerca de sus propios sentimientos y los de la persona amada, aunque el tiempo transforme de tal manera a los hombres y a sus sentimientos, que de un matrimonio de amor puedan nacer situaciones que justifiquen las palabras de Nietzsche: «es mejor destrozarse un matrimonio que ser destrozado por él», siempre la libertad será necesaria para la fidelidad, cuya experiencia nos debe enseñar todo su valor psicológico y moral.

Una serie de lazos fáciles de atar y desatar son mala preparación para la dicha del verdadero amor. La fidelidad espontánea es señal de nobleza de ánimo, porque demuestra la voluntad de concentrarse sobre el verdadero valor de la vida; y ésto se refiere a la fidelidad en amor como a cualquiera otra clase de fidelidad. El amor sólo es grande cuando es el culto de cada día y de cada

hora, cuando es un ennoblecimiento, una santificación constante de nuestra individualidad. Y entonces sus derechos llegan a vencer los derechos de uniones anteriores, precisamente porque este amor representa una fidelidad a la parte mejor de nosotros mismos. Pero cuando no tiene este carácter tampoco tiene aquellos derechos, y no pasa de ser un sentimiento insignificante aunque lo impulse y purifique una gran pasión. Los hijos de uniones fugaces resultan muchas veces tan incompletos como la pasión que les originó. «El verdadero amor—me escribía hace poco un joven médico—se agarra tan profundamente a nosotros, que al perderlo creemos haber perdido la mitad de nosotros mismos, aunque la naturaleza, protegiendo los derechos de la reproducción, nos permita amar más de una vez. Pero no es posible dudar acerca del ideal de la naturaleza. La raza que nacería, si los jóvenes de ambos sexos pudiesen unirse cuando se despierta en ellos el amor profundo, sería fuerte y sana y muy distinta de la nuestra. Pero cuando la juventud ama verdaderamente, casi nunca está en condiciones de casarse, y cuando puede hacerlo, ya no les impulsa al matrimonio aquel primer sentimiento ardiente y profundo, sino otra cosa distinta, siempre secundaria aunque no sea del todo artificial».

Una transformación radical de las leyes sociales y de las ideas personales acerca de las cosas que en la vida tienen realmente valor, en virtud de la cual los jóvenes de veinte a treinta años tuviesen siempre medios de fundar una familia y supiesen contentarse con una modesta medianía, sería condición principalísima para la creación de una generación mejor, cuyo altar fuese el hogar doméstico, y el amor su culto. Sólo entonces podríamos esperar que disminuyese la prostitución, la mayor de nuestras miserias, sólo entonces tendríamos el derecho de exigir a los jóvenes la castidad, primer paso para engendrar una prole sana y fuerte.

Tal como están las cosas, hoy en día se encuentran madres casadas cuya vida es profundamente inmoral, y madres altamente morales unidas al padre de sus hijos por un amor verdadero y que por razones de peso no pudieron efectuar su matrimonio, existiendo también no pocas mujeres que preferirían una maternidad solitaria.

En la época de sus conferencias sobre la moralidad en las relaciones sexuales, Björnson pedía que la mujer que prefiera la maternidad sin el matrimonio le sea concedido este derecho, siempre que se comprometa a realizar integralmente sus deberes de madre. Esta idea está destinada a abrirse camino. Conozco el caso de una mujer, ya no joven, que poco antes de su matrimonio, convencida de que la gran diferencia de caracteres y de ideas con su prometido sería causa de una unión desgraciada, renunció al matrimonio a pesar del nacimiento inminente de un hijo, que hoy educa tranquila y valerosamente, uniendo a las dichas de la maternidad y del trabajo el cumplimiento de los deberes filiales, los cuales probablemente hubiera tenido que olvidar si se hubiese casado.

Cada día irá ganando más terreno la idea del derecho de los hijos, pero también estos derechos deberán modificarse profundamente. El primer derecho de los hijos será el de no nacer de una unión discordante; y por esto debe ser libre la unión, para que sepan los cónyuges al contraerla y desatarla, que no pueden nunca sustraerse a ciertos deberes de la paternidad.

Las disposiciones legislativas podrán ser necesarias o superfluas según los casos, pero nunca deberán oponerse a las verdaderas relaciones entre padres e hijos, mientras que nuestras leyes sobre el divorcio, sobre los derechos de tutela concedidos al padre, etcétera, son un continuo impedimento a que se establezca entre hombre y mujer una forma más noble y libre de convivencia.

No es estrechando más los vínculos conyugales que se defenderá mejor a los hijos contra las discordias de sus padres, sino con una mayor y más seria reflexión antes de contraer matrimonio, y sobre todo con un sentimiento más profundo de la responsabilidad de los hijos. Esto hará que los cónyuges engañados en sus esperanzas de felicidad puedan llevar bajo una aparente unión una vida digna, tranquila y resignada, a pesar de sus conflictos íntimos, si lo creen necesario para el bien de sus hijos. Y precisamente esta dignidad les impone a que, cesada toda convivencia, les una sólo el sentimiento de la paternidad común. El divorcio es preferible al nacimiento de nue-

vos hijos engendrados por padres completamente desacordes.

Con frecuencia los matrimonios se entablan a la ligera, pero la separación es siempre difícil sobre todo cuando se tiene hijos. No les retiene la fuerza de la ley sino la de la sangre; no se teme el juicio de la sociedad sino el de sus propios hijos. Pero todas estas razones tienen tanta validez para las uniones libres como para las legítimas, y poco pierden los hijos al perder padres que sólo un esfuerzo mantenía cerca de ellos. Para mejorar las costumbres es preciso despertar en los padres la conciencia de los deberes que jamás fueron escritos, y que ni siquiera la ley puede en parte determinar.

Es probable que al empezar hagan falta nuevas leyes; seguramente será preciso abolir muchos antiguos principios que después de haber realizado su ideal educativo, se han convertido en obstáculo de una más alta moralidad. El seductor y la seductora que destruyen la vida de una muchacha o de un joven, y destroran la felicidad de una familia serán tanto más despreciables, cuanto más se aprenda a distinguir el juego cruel de la coquetería masculina o femenina y las exigencias ávidas y vulgares de los sentidos, de los derechos del amor; cuanto más consiga fundirse la idea de la moralidad de los sexos con la de la responsabilidad hacia las futuras generaciones.

La satisfacción de instintos contrarios a los fines fundamentales de la naturaleza es la ruina de los individuos y de los pueblos. Pero debo repetir que no es extirpando la sensualidad como podremos poner fin a estos males.

Es empresa gloriosa para un poeta la lucha contra el predominio de los sentidos y contra la disminución del sentimiento de la responsabilidad. Pero es empresa fatal si, como Tolstoy, trata de fundir la idea de la sensualidad con la del amor. No es considerando el amor como pura materia ni como puro espíritu que podremos librar a la humanidad del yugo humillante del instinto. Sólo podremos conseguirlo elevando la sensualidad hasta el amor; es decir, admitiendo que la fusión de las almas, su cariño y simpatía, los intereses e ideales comunes son para la dicha y encanto del amor, no menos necesarios que la atracción de los sentidos. Esta riqueza de elementos reuni-

dos es la que mantiene en el amor la verdadera fidelidad; esta primavera del alma es la que enciende el amor; toda relación—legítima o libre—llega a cansar a la larga, y no deja tras de sí más que disgustos, y si sólo fué su causa y esencia una pasión sensual y no un sentimiento de profunda y simpática atracción de los cuerpos y de las almas a un mismo tiempo.

La responsabilidad de los padres hacia los hijos será tanto mayor y más grave, cuanto la sociedad se vea más obligada a impedir todo dolor inocente e inútil.

La moral del porvenir no querrá sacrificar a la integridad de la familia los llamados «bastardos», muy a menudo ricamente dotados por la naturaleza, pero víctimas de leyes injustas, que les convierten a la fuerza en bastardos y rechazados, llenos de odio y de ira contra la sociedad de cuyas teorías son víctimas.

¡Cuántos infanticidios, cuántos delitos son causados por las falsas interpretaciones de las leyes morales! Y sin embargo, aun éstas son consecuencias menos funestas, que aquellas otras que la misma sociedad sufre por culpa de sus hijos ilegítimos, que perecen sino física por lo menos moralmente; criaturas con las cuales no tan sólo la sociedad pierde fuerzas útiles sino que desarrolla fuerzas deletéreas.

Cuando Europa entera se estremeció indignada por el asesinato de la Emperatriz de Austria, para mí la cosa más dolorosa y más terrible fué la confesión del asesino: «¡No he conocido a mis padres!»

Llegará el día en que cada hijo sea sagrado, sea cual fuere el sentimiento que unió a sus padres; llegará tiempo en que toda maternidad será sagrada, y si nació de un amor verdadero, será maternidad verdadera y sentida.

El hijo de padres sanos y amantes, educado con austera ternura, será legítimo aun cuando fuese engendrado por una unión libre. Y será bastardo el hijo nacido de un matrimonio sin amor, purgando herencias funestas, aunque sus padres hayan sido casados por el mismo Papa en la iglesia de San Pedro. El desprecio no caerá sobre la madre cariñosa, aunque no sea casada, de una floreciente prole, sino sobre la madre, legítima o natural, de una criatura degenerada por culpa de sus antepasados.

Nietzsche—que sabe poco del amor, porque apenas sabe nada de la mujer y por lo tanto ha escrito muy poco sobre este asunto—ha dicho acerca de la paternidad, palabras más profundas que cualquier otro escritor contemporáneo. Ha visto las miserias y las culpas del matrimonio, las deficiencias y fracasos de la educación, y con la voz del poeta y del profeta ha descrito la esencia y el fin de la paternidad:

«Quiero que tu victoria y tu libertad suspiren por un hijo. Eleva un monumento viviente a tu victoria y a tu liberación».

«Debes construir algo más que tu sola persona. Pero hace falta ante todo que te hayas construido a tí mismo, recto de alma y cuerpo».

«¡No tan sólo debes reproducirte sino mejorararte! ¡Y a ello te ayudará el jardín del matrimonio!»

«Debes crear un cuerpo superior, un primer móvil, una rueda que parta espontánea—debes crear un Creador».

«Llamo matrimonio de dos seres a la voluntad concorde de crear un tercero superior a ellos. Y llamo matrimonio la veneración recíproca de los dos que coinciden en tal voluntad».

Ellen Key

Del libro *El Siglo de los Niños*.

La voz de la Abuelita

I

Por el inmenso patio
lleno de cosas vivas,
—flores, alas y lumbre—
corretean las niñas.

Aquella, aleteando
con ambas manos rítmicas,
sobre el cordel en comba
que azota el suelo, brinca.

Esta persigue; la otra
se escapa; corren listas;
y cuando la una alcanza,
vuelve la fugitiva
sesgando el torso frágil:
el sesgo se diría
de un cuello de paloma
que su plumaje alisa.

Ya una rama es columpio
Se encaraman las chicas

sobre el arqueo elástico;
y resbalan, vacilan,
suben, bajan, se prenden
de la rama vecina.
Grumo virgen parecen;
Rosal de rosas vivas
que sobre el césped húmedo
deshojan su alegría
Y, a cada instante, en fugas
de plumas argentinas,
bajo los toldos verdes
se alza un vuelo de risas
sobre el pascual milagro
de las almas floridas.

Y cuando más joviales
revientan las espigas
del júbilo, y florecen
las bocas de alegría,
como si el patio fuera
cementería de risas,
clama, asomando el busto
por la puerta sombría,
con claudicantes trémolos
la voz de la Abuelita:
«Niñas, ya es noche, y nieva
¡A recogerse, niñas!»

II

Niñas, el aire es dulce,
y hay fugas de miel rítmicas
y frotos de alas húmedas
en los rosales! Niñas,
el alba es vuestra, el alba,
como vosotras, niña!

Soltad las oropéndolas
del ensueño. Se aviva
el azul de sus áululas
sobre las campanillas.

Niñas, corred! El alba
con su ilusión cobija
la jovial pajarera
de vuestras almas, niñas!

En las copas hay nidos,
y entre el follaje brisas.

¡Aspirad los aromas
de la savia y la vida!

Niñas, saltad! El río
rueda perlas. La vista
bebe nácar en la ánfora
de las auroras, niñas!

Los arbustos se entoldan
de rosas encendidas.
Sorbed en cada cáliz
la gota cristalina
juntando labio y pétalo
en sorbos de delicia,
como si se besaran
rosas con rosas, niñas!

Deshojad los rosales
con vuestras manos finas
antes que rosas frescas
sean rosas marchitas.

Deshojad los rosales
nevados de neblina,
donde el capullo tiembla
bajo de la caricia
hecha de seda y oro
de las albas divinas!

Rosas, rosas y rosas
para anegar la vida!...

Los ojos miran rosas,
si tras pétalos miran;
y la miel de los cálices
todo lo endulza, niñas!

III

Niñas, se va la Aurora!
La Aurora está de prisa.

Ya se van las rosas
y los nidos que trinan!
Y más tarde, asomada,
por la puerta sombría,
con claudicantes trémolos
os dirá la Abuelita:

«Niñas, ya es noche y nieva!
¡A recogerse, niñas!»

Santiago Argüello

Nota editorial

En el campo árido y lleno de mezquindades de la política en que aun se agita el país, nuestro escritor Claudio González Rucavado ha sabido defender una parcela para cultivar el ensueño. La novela *Egoísmo?* ha sido el fruto de esta su desinteresada labor.

A nuestro entender no es su libro mejor, que más belleza encierran sus *Escenas Costarricenses* y sus minúsculos y encantadores cuentos recogidos en el libro *De Ayer*.

Sin embargo, dada la época en que ha sido trabajada la novela *Egoísmo?*, época en que casi todos los luchadores no han tenido otra intención que la de asegurar el bocado, tiene el mérito que sólo los corazones y nunca la razón, saben apreciar.

Representa un viaje por el país del ensueño, sin otro fin que el de cortar una flor, que hecho en estos días de horrible practicismo tiene nuestros aplausos más entusiastas.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERIA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

ALARCON, PEDRO

<i>El capitán Veneno</i>	¢ 1.50
<i>Cosas que fueron</i>	1.95
<i>Novelas cortas</i> , 3 tomos...	5.85
<i>El sombrero de tres picos</i> ..	1.50

BENAVENTE, JACINTO

<i>Figulinas</i>	1.75
<i>De sobremesa</i> , 3 tomos ...	5.25
<i>Cartas de mujeres</i>	1.75

CASTRO, ROSALIA

<i>En las orillas del Sar</i>	1.75
<i>Cantares gallegos</i>	1.75
<i>Follas novas</i>	1.75
<i>El caballero de las botas azules</i>	1.75

CURROS, ENRIQUEZ

<i>Aires d'a miña terra. - El maestro de Santiago</i>	1.75
<i>Cartas del Norte</i>	1.75
<i>Paniagua y Compañía</i>	1.75

BOSSUET

<i>Estudios filosóficos</i>	2.45
-----------------------------------	------

BACON

<i>Ensayos de Moral y de Política</i>	1.95
---	------

DER LING, Princesa

<i>China</i> , (vida íntima de la Emperatriz Tzu-Hsi) ..	3.25
--	------

DAUDET, ALFONSO

<i>Jack</i> , 2 tomos.....	1.50
<i>Fromont y Risler</i>	0.75
<i>Tartarín de Tarascón</i>	0.75
<i>El nabab</i> , 2 tomos.....	1.50
<i>Poquita cosa</i>	0.75
<i>El académico</i>	1.80

DEMOLINS, EDMUNDO

<i>En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones</i> .	2.45
---	------

DICKENS, CARLOS

<i>Oliverio Twist</i>	¢ 1.25
<i>Tiempos difíciles</i>	1.25
<i>Tienda de antigüedades</i> , 2 tomos.....	2.00

DUBOIS, PABLO

<i>La educación de sí mismo</i> ..	1.75
------------------------------------	------

DIAZ RODRIGUEZ

<i>Idolos rotos</i>	1.75
---------------------------	------

FITZMAURICE-KELLY

<i>Historia de la Literatura Española</i>	3.90
---	------

GOMEZ, JUAN CARLOS

<i>Poemas selectas</i>	4.35
------------------------------	------

GALLAND

<i>Las mil y una noches</i> , 5 t.	3.00
<i>Id. id.</i> , 1 tomo ilustrado..	1.35

MARDEN, O. S.

<i>La alegría de vivir</i>	2.10
----------------------------------	------

VALERA, JUAN

<i>Cuentos</i> , 2 tomos.....	3.00
<i>Cartas americanas</i>	1.50
<i>Juanita la larga</i>	1.50
<i>Pepita Jiménez</i>	1.50
<i>Dafnis y Cloe</i>	1.50

CASTELAR, EMILIO

<i>La fórmula del progreso</i> ..	1.50
<i>Colección de los principales artículos políticos y literarios</i>	1.00

LORD CHESTEFIELD

<i>Lecciones de mundo y de crianza</i>	0.75
--	------

CUARTERO, JOSÉ

<i>La vida pública del orador</i> .	1.00
-------------------------------------	------

CHAGAS, P.

<i>Tristezas a orillas del mar</i> .	
--------------------------------------	--



BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDEN CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo *lujosamente empastado*, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA,

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & Cía

OBRAS PUBLICADAS:

- | | | |
|---|---|--------------------------------------|
| ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina | } | APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos, |
| MANZANA DE ANÍS, Francis Jammes | | Fedor Dostoyeuský |
| EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green | | LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró |
| JACOBÉ, Joaquín Ruyra | | EL ESPADA MONTES, Frank Harris |
| ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja | | JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf |
| JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster | | LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens |
| TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain | | HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa |
| EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S. | | NERTO, Federico Mistral |
| LA ENJUTA, Víctor Catalá | | ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos |
| ¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward | | NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan |
| LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, François de Nion | | ¿CULPABLE?, W. Le Queux |
| REBELDÍA, Joaquín Dicenta | | EL LUNAR, Alfredo de Musset |
| EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna | | POR LA VIDA, J. Pous y Pagés |
| KOLSTOMRO, Conde León Tolstoi | | LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod |
| CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens | | SU MAJESTAD, Henri Lavedan |
| MINNIE, Andrés Litchténberger | | EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstoi |
| EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente | | EL REFLUJO, R. L. Stevenson |
| ERNESTINA, Prudencio Bertrana | | ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Björnson |
| BODA OFICIAL, R. H. Savage | | ERÓTICA, B. Morales San Martín |
| EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner | | RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov |
| REY EN LA TUMBA; Anthony Hope | | EL CUPÓN FALSO, León Tolstoi |
| FAUSTO, Ivan Turgueneff | | MARÍA, Jorge Isaacs |
| EL SILENCIO, Eduardo Rod | | DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró |
| | | EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens |
| | | BALADA, R. Sánchez Díaz |
| | | EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins |

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré ejemplar.....

Nombre Dirección